

Te Deum: 139° aniversario de la ciudad de La Plata

Hoy ocurre lo que se llama sobreaceleración o rapidación. No es algo propio de las personas ocupadas, también les pasa a los jubilados, a todos, aunque no tengan nada que hacer. Todo se tiene que hacer aceleradamente, rápido. Pero hay cosas que no se puede hacer así. Por ejemplo, llegar a un acuerdo, educar, cuidar a otros, prestar atención a tu hijo que te habla, reflexionar sobre la marcha de la propia vida, contemplar la naturaleza. “Todo tiene un tiempo bajo el sol”, dice la Biblia. Estas cosas necesitan tiempo y lentitud, sacar el pie del acelerador. Si no, la calidad de los vínculos humanos se vuelve pésima.

Se entiende entonces que haya psicólogos que inviten a comer lento, hablar lento, leer un buen libro lentamente. Una buena canción no se puede escuchar con apuro.

Pero resulta que gracias a la tecnología ahorramos un montón de tiempo. Sin embargo nos falta tiempo. La medicina prolongó mucho los años de vida, pero siempre nos falta tiempo.

Es más, parece que está prohibido perder el tiempo, hacer algo gratis, porque sí, sin obtener algún resultado eficiente. Aun el tiempo libre se convierte en una obligación de hacer cosas. Hacemos una lista de lo que tenemos que hacer y en lugar de descansar y despejarnos terminamos cansados de cumplir la lista.

Y aunque se habla de vivir el momento presente, siempre se está haciendo algo pensando en lo que viene después, y cuando uno termina de vivir una experiencia ya no le basta, necesita correr hacia otra cosa.

Todo esto muestra que nuestra obsesión por el tiempo no nos hace bien, no nos madura, no nos salva.

En definitiva, la conclusión es que lo que más vale es el tiempo que damos gratuitamente, dar tiempo a otro que te necesita nunca es tiempo perdido y se queda dentro de uno como algo grande, noble, bello. ¿Cuáles son los minutos mejor usados que aquellos en que logramos hacer feliz a otra persona? La sonrisa de un hijo, de un amigo que se libera de la tristeza, son el mejor premio. Por algo Jesús dijo que “hay más alegría en dar que en recibir”.

Recuerdo una película iraní llamada “El sabor de la cereza”. Cuenta la historia real de una persona que piensa en suicidarse, y pasa mucho tiempo organizando su

suicidio, ya que no le encuentra sentido a su vida. Finalmente se decide, va al campo y pone una soga en un árbol para ahorcarse. Y justo cuando está por suicidarse, ve un puñadito de cerezas en el árbol. En ese momento recuerda cómo le gustaban las cerezas a su esposa, como si viera la sonrisa de ella mordiendo con gusto esas cerezas salvajes. Y allí piensa: “no la puedo privar a mi esposa de esta alegría, tengo que llevarle esas cerezas.

Fue a su casa y la vio sonriendo feliz mientras mordía esas cerezas, entonces recordó que vale la pena vivir para alcanzar esos momentos. En esos momentos el tiempo está salvado.

Cuando a alguien le ha tocado una autoridad, una función pública, tiene la enorme posibilidad de usar su tiempo para construir muchos de esos momentos, y de darle un sentido tan hondo a su tarea.

Eso es lo que pedimos hoy. Que tanto las autoridades como cada ciudadano de La Plata encuentren en el don si mismos a los demás el sentido de su tiempo, para que así nazca una ciudad cada vez mejor.

Mons. Víctor Manuel Fernández

Arzobispo de La Plata

“En medio de tu pueblo” (1 Re 3,8)